FLOR Y FRUTO.

Aurelio Flores

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/floryfrutojuguet00alcn

FLOR Y FRUTO,

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

DON AURELIO ALCON.

Puesto en escena con aplauso en el Teatro de Verano de Madrid (Circo de Paul), la noche del 23 de Julio de 1870.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRÁS
N.º de la procedencia

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
ENCARNACION.....	STA. D.ª PIA NAVARRO.
JUANA.....	D.ª MATILDE GUERRA.
FERNANDO.....	SR. D. MIGUEL D. BARROSO.

La escena es en Sevilla.—Época actual.

NOTA. La idea de la primera escena está tomada de la farsa italiana en un acto que lleva por título *La viuda de la Camelia*.

La propiedad de esta obra pertenece á D. José María Moles, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones, ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los corresponsales de la Galeria dramática titulada *El Teatro Contemporáneo*, que administra D. Alonso Gullon, son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que exige la ley

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada en casa de Encarnacion.—Puertas al foro y laterales en primer término.—Á la derecha, segundo término, una ventana.—Sobre una mesa una maceta con una camelia.—Sillas, butacas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ENCARNACION, JUANA.

JUANA. Conque por fin...

ENC. Se ganó el pleito. Segun me escribe hoy de Madrid mi apoderado, antes de ayer se vió en tercera sala, fallando el tribunal en mi favor.

JUANA. Gracias á Dios que se ve usted libre de abogados y escribanos, que, más que personas, parecen aves de mal agüero.

ENC. Segun leo en su carta, mi abogado ha estado brillantísimo en su defensa. Don Fernando Salazar, jóven de veinticinco años, elegante, guapo—segun dicen—y que en el corto tiempo que lleva ejerciendo la abogacía ha dado pruebas de su mucho talento. De genio raro y carácter sencillo, cuéntanse de él anécdotas tan excesivamente románticas, que al oirlas, diríase vivia-

721592

mos en el siglo diez y siete, si la espantosa realidad del *can-cán* no viniera, con la antorcha de la desvergüenza, á demostrarnos con una luz más la existencia del tan decantado siglo de las luces.

JUANA. De veras?

ENC. Oye y juzga. Enamoróse uno de esos hombres que miran la honra como prenda de vestir, más ó ménos estimable, segun su estado de uso, de una muchacha pobre, pero honrada. Ante su virtud, se estrellaban las exageradas ofertas del Tenorio moderno, que, humillado por su firmeza, quiso vengarse de ella contando á sus amigos un triunfo que era imaginario. Acudió á los tribunales el padre, llevando por defensor á nuestro don Fernando, que probó con sus elocuentes discursos la inocencia de su protegida, llegando hasta á decir, que tan seguro estaba de su virtud, que no tendria inconveniente en hacerla su esposa. Poco tiempo despues, murió ella—dicen si de amor —y á no ser por esta desgracia, hubiera realizado su idea, dejándose llevar de su carácter impresionable. Todo esto, unido á mi agradecimiento, hace que desee vivamente conocerle. Es en mí una obligacion expresárselo, y al hacerlo así conseguiria...

JUANA. Verle... ¿no es cierto?

ENC. Tú que conoces mi carácter, que segun mis amigas es un poco... exaltado, puedes comprender lo mucho que le admiro.

JUANA. Ya lo creo, como que la ha hecho á usted ganar el pleito.

ENC. No, no es por eso. Aunque, á la verdad, si no hubiese sido por él...

JUANA. Tambien era capricho en los parientes de su difunto esposo, meterse en si la habia hecho á usted su heredera ó no.

ENC. Fundados en que no habiamos tenido sucesion...

JUANA. Y eso, es acaso culpa de usted?

ENC. Cómo me queria! Pobre Enrique! Ahí tienes: esa ca-

melia, de la que nunca me separaré, fué la causa de nuestro amor. Mi aficion por esa flor, me hacia sacarla todos los dias á las doce á esa ventana. Un dia me vió ponerla... yo le miré, y lo demas no sé cómo sucedió, pero seis meses despues nos habiamos casado.

JUANA. Ya comprendo en qué consiste que todos los dias á las doce me manda usted colocarla.

ENC. Pequeño recuerdo de su mucho cariño. Si pasara un solo dia sin ponerla, tendria un verdadero remordimiento.

JUANA. (Vamos, veo que las amigas tienen razon.) Pues mire usted, hora es de evitarlo... van á dar las doce y...

ENC. Sí, ponla, no sea que se nos olvide. (Al ir á ponerla Juana, se le cae á la calle.)

JUANA. Ay!

FERN. (Desde la calle.) Bárbaro!

ENC. Qué es eso?

JUANA. (Subiendo al proscenio.) Ay señorita... que la maceta...

ENC. Acaba!

JUANA. Se me ha escapado de las manos y se ha caido á la calle.

ENC. Ay Dios mio! Vé corriendo...

JUANA. Sí; pero no eso lo peor... es que le ha caido encima á un jóven que pasaba y que se ha entrado en casa. (Campanillazo fuerte.) Ahí está!

ENC. Y qué hacemos?

JUANA. Yo no sé...

ENC. Mira... recíbele tú... discúlpate como puedas y... ahí está... adios! (Váse Encarnacion por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA II.

JUANA, FERNANDO.

JUANA. Me gusta! Conque yo... (Entra Fernando por el foro con el

sombrero apabullado. Viene de negro con guante blanco.) Qué incomodado viene... Pobre sombrero!

FERN. Quién ha sido? Yo necesito saber quién es el autor de semejante atrocidad!

JUANA. No es autor, caballero... es autora... he sido yo que...

FERN. Tú?

JUANA. Sí señor; que al ir á poner la maceta...

FERN. Basta: ya he sentido lo demas.

JUANA. (Parece que se ha humanizado un poco.)

FERN. Agradece el pertenecer á ese sexo que llaman débil, pero que yo debo llamar fuerte á juzgar por el chichon que me has hecho, que si no...

JUANA. (Ay! me asusta!)

FERN. Y qué hago yo ahora? Bueno está mi sombrero! Cómo me presento yo así al respetable don Hipólito?... imposible! Yo necesito un sombrero!

JUANA. Pues lo que es en casa...

FERN. Vaya usted á casarse con el sombrero apabullado... Bonito presagio! Has de saber que yo iba á casarme con una muchacha... ¿Pero á tí, qué te importa?...

JUANA. Si yo no le he preguntado á usted...

FERN. Calla, doncella desgraciada, y tráeme un sombrero.

JUANA. Pero si no hay en casa.

FERN. Cómo? Tu amo no gasta ese artefacto?

JUANA. No señor; mi amo no gasta esas cosas, porque yo no tengo amo.

FERN. No tienes amo? Dónde se ha visto un amo sin casa... digo... una casa sin amo?... Tú me engañas!

JUANA. No señor; es la verdad. Si quiere usted, le traeré el sombrero de Benito.

FERN. Bueno, tráemelo... pero escucha: ¿quién es ese Benito?

JUANA. Toma! el mozo... un asturiano...

FERN. Un asturiano, eh? Pues mira, déjalo, porque yo soy de los que creen en la pluralidad de los mundos habitados.

JUANA. Como usted quiera.

FERN. Sí; pero la cuestion es, que yo necesito un sombrero indispensablemente, y estoy decidido á no salir de aquí sin él!

JUANA. Pero...

FERN. Nada... y gritaré hasta que me lo traigan.

JUANA. Mas...

FERN. (Gritando.) Que me traigan un sombrero! Que me traigan un sombrero!

JUANA. (Qué hacer?...)

FERN. (Id.) Que me traigan...

ESCENA III.

DICHOS, ENCARNACION, por la primera puerta de la izquierda.

ENC. Basta, caballero!

FERN. Señora... (Qué linda es!)

ENC. He sabido el incidente desagradable que ha ocasionado el...

FERN. El apabullo, señora, esa es la palabra.

ENC. De su sombrero, y le suplico dispense la torpeza de la criada.

FERN. (Cáspita! es que es divina!) Señora, yo... la verdad es que... si usted supiera... (Qué ojos!)

ENC. Continue usted.

FERN. Pues bien, señora; yo he venido aquí á Sevilla solo á casarme, debiendo volver á Madrid inmediatamente despues de casado. Como no podia prever lo que ha sucedido, no tuve la precaucion de traerme dos sombreros. Pero he aquí que al dirigirme de rigorosa etiqueta á casa de mi futuro suegro, sucede... lo que ha visto usted; como comprenderá, yo no puedo presentarme así delante de mi novia. Póngase usted en mi lugar, no para casarse... porque no habria compatibilidad, pero...

ENC. Sí; comprendo. Permítame usted. (Toma el sombrero de manos de Fernando.)

FERN. (Ay qué manos tan monas!)

ENC. (Á Juana.) Dí á Benito que vaya á casa de Bunout... (Va á darle dinero.)

FERN. (Interponiéndose.) No señora; yo no puedo consentir... Toma. (Le da una moneda.)

ENC. Como usted guste caballero.

FERN. (Á Juana.) Dile que no se apresure... que no tengo prisa... (Que tarde mucho en volver!)

JUANA. (Eh?)

FERN. (Dándole más dinero á hurtadillas de Encarnacion.) (Toma!)

JUANA. (Se le dirá!) (Váse foro.)

ESCENA IV.

ENCARNACION, FERNANDO.

FERN. (Cuando digo que esta mujer es divina!)

ENC. (Y no es feo!) Caballero, siento en el alma que este inesperado percance le haya ocurrido precisamente...

FERN. Qué, no señora... no lo sienta usted. Dice un refran, que no hay mal que por bien no venga, y yo doy por muy bien empleado el coscorron, porque me hace conocer un bollo lindísimo. El bollo es usted, señora; la comparacion podrá no ser galante, pero es cierta. Sentir yo... tampoco; no siente el naturalista el viento ni el frio si encuentra alguna yerba desconocida, ni al químico arredra la confeccion de mezclas peligrosas, si han de proporcionarle algun metal precioso.

ENC. Gracias, caballero; veo que está usted muy fuerte en galantería.

FERN. Tuviera usted más razon, si cambiara la palabra galantería, en veracidad.

ENC. Deseo que sean á usted ménos molestos los instantes que pase aquí... (Señalando la primera derecha.) Ahí tiene usted la biblioteca de mi difunto esposo.

FERN. (Es viuda!)

ENC. Encontrará libros de todas clases.

FERN. Mil gracias, señora, pero el libro que yo deseo le tiene usted.

ENC. Yo! No comprendo...

FERN. ¿Qué libro puede haber para mí más agradable que sus ojos. Déjeme usted, señora, que lea en ellos.

ENC. Pronto se cansaria usted.

FERN. Nunca se cansa la tierra de recibir la luz del sol.

ENC. Ademas, dos páginas pronto se leen.

FERN. Pero un poema de belleza se admira, y la imaginacion no se cansa de admirarle. Errata; donde dice imaginacion, léase corazon.

ENC. Galante está usted.

FERN. No tanto como usted bella.

ENC. Acepto esa lisonja, y si en mi presencia estriba hacerle más agradable su permanencia aquí...

FERN. Y tanto, señora...

ENC. (Indicándole que se siente. Se sienta.) Le haré á usted compañía hasta que le traigan el sombrero, pero nada más.

FERN. Señora, eso es tener mala intencion. Llevar á mis labios la copa del placer y retirarla sin conseguir probar su contenido, es una crueldad... pero en fin, acepto.

ENC. Le impongo ademas otra condicion. Que no ha de decirme... galanterías, ó en otros términos, que no ha de hacerme el amor.

FERN. Eso es ya demasiado! Á un reo en su última hora se le concede cuanto pide; mi última hora es el momento en que deje de verla, concédame usted...

ENC. Imposible!

FERN. Pero...

ENC. Si no .. (Va á levantarse.)

FERN. Bien, bien; consiento. (Tan cruel como bella.) Y ¿de qué quiere usted que la hable?

ENC. De cualquier cosa.

FERN. ¿De cualquier cosa? Entónces la contaré á usted la historia de mi venida á Sevilla.

ENC. Me place!

FERN. Pues bien, señora, ante todo diré á usted que me lla-

mo... pero mi nombre no hace al caso. Salí de Madrid hace dos dias, dejando completamente zanjado un asunto... pero el asunto tampoco hace al caso.

ENC. Me voy enterando.

FERN. Lo concibo. Como dije á usted ántes, he venido expresamente á casarme, pero—y aquí empieza lo interesante de mi historia—¿querrá usted creer que aún no conozco, ni aun por retrato, á la que ha de ser mi esposa?

ENC. Qué rareza!

FERN. Ciertamente. Mi tio... porque yo tengo un tio.

ENC. Lo creo; nada tiene de particular.

FERN. En efecto, pero ha de saber usted, que ese tio es mi padre.

ENC. Oiga! Ya eso tiene mucho de particular.

FERN. He querido decir, que es mi segundo padre. Huérfano desde muy niño, á sus solícitos cuidados debo la carrera que tengo, y que me hace ser independiente. Pues como iba diciendo, un dia me llamó y me dijo: «Sobrino, deseo que te cases con la hija de don Hipólito Cañizares, íntimo amigo mio que vive en Sevilla y que te hará feliz; no don Hipólito... su hija.

ENC. Sí, sí; comprendo.

FERN. Á lo que respondí: «Tio, está bien, me casaré.» Al dia siguiente hice mi equipaje, y héme en Sevilla dispuesto á casarme, sin saber aún si mi futura es jóven ó vieja, bonita ó fea. Si afortunadamente fuera como usted!...

ENC. Ya le he dicho...

FERN. No señora, esto es un paréntesis, y sabe usted que la supresion del paréntesis no cambia el sentido de la oracion.

ENC. (Vamos, hay que convenir en que es en extremo galante y... muy simpático!)

FERN. Conque, como iba diciendo, bellísima...

ENC. Es otro paréntesis? Encarnacion.

FERN. En efecto, es usted la encarnacion de lo bello. Mi po-

sicion es muy crítica.

ENC. En efecto, y eso hace que sea más de sentir el...

FERN. Sí; el chichon.

ENC. Ademas, hay otra causa que, en vista de su franqueza, no tengo inconveniente en decirle. Yo apreciaba mucho esa flor, porque era la predilecta de mi esposo; su pérdida me es tambien muy sensible.

FERN. Ay! lo creo. (Cómo debe querer esta mujer!... ¡Maldito compromiso!)

ENC. Único recuerdo que guardaba de él.

FERN. Señora, la advierto á usted que me está matando, sólo al pensar en lo feliz que habrá sido su esposo, y en lo mucho que lo seria el que lograra la dicha de serlo.

ENC. (Coquetería.) ¿De veras?

FERN. ¿Cómo verla á usted una vez siquiera sin adorarla? Imposible! Aspire el perfume de una flor y ambicionará poseerla!

ENC. (Id.) Qué diria su futura si le oyera!

FERN. Diga cuanto se le antoje, nada me importa.

ENC. ¿Y su señor tio?

FERN. Torrente es el agradecimiento; pero le ataja el dique de la pasion!

ENC. Jesus!

FERN. (Yo me decido!) Sí, hechicera Encarnacion, ya no puedo resistir más... sepa usted que yo la...

(Al ir á arrodillarse, entra Juana por el foro con un sombrero en la mano.—Se levanta.)

JUANA. Aquí está el sombrero!

FERN. (Maldita!)

ENC. Já! já! já! Juana, acompaña á este caballero! (Váse primera izquierda.)

FERN. (Se ha estado burlando!)

JUANA. (¿Qué habrá sucedido?)

ESCENA V.

FERNANDO, JUANA.

FERN. (Paseándose agitado. Juana le sigue con el sombrero en la mano.)

Sí... no hay más, esa mujer se ha estado burlando de mí... oh! esto es insufrible, inaguantable...

JUANA. (Presentándole el sombrero.) Caballero...

FERN. (Sin hacerla caso.) Es decir, que no contenta con haberme hecho sufrir un apabullo físico, me apabulla moralmente, porque la verdad es que...

JUANA. (Id.) Caballero... No me oye!

FERN. Y qué bella es! Qué miradas tan incitantes me dirigia, cuando—nécio de mí—empezaba á hablarla de mi amor, y la decia...

JUANA. Aquí está el sombrero!

FERN. Cómo? Qué? Ah! ¿Eres tú? Déjame en paz... Y lo cierto es, que á no ser por esta sardanápala, la hubiera llegado á decir...

JUANA. (Interrumpiéndole.) Quiere usted ver si le viene bien?

FERN. Sí, sí; tienes razon: yo debo marcharme; no quiero servirla por más tiempo de juguete... Dame! (Se pone el sombrero. Saca el reloj.) Dios mio! La una! Y yo que debia estar á las doce en casa de mi suegro... ¿Qué disculpa le doy? Lástima que la verdad no pueda decirse siempre.

JUANA. Le está á usted bien? (Viendo que no la hace caso.) Á la otra puerta!

FERN. Á qué prometeria yo á mi tio casarme! Y casarme sin amor... cosa rara! Nunca me ha ocurrido hacerme esta reflexion. ¿En qué consistirá que ahora... Ay! la razon me asusta. Me voy, porque si no... Ántes cumplamos con la etiqueta. (Dando una tarjeta á Juana.) Toma! Da esta tarjeta á tu señora, y dila que en lo poco que valgo, puede disponer de mí como guste... adios! (Siento que dejo algo aquí... ¿Será el corazon?) (Vánse por el foro.)

ESCENA VI.

ENCARNACION, por la primera puerta de la izquierda.

Gracias á Dios que se fué!... Creí que no se marchaba

en todo el dia. Ciertamente que su posicion es algo rara: venir á casarse no conociendo aún á la que ha de ser su esposa... Lástima de muchacho! Tan jóven y verse ya, como quien dice, bajo la presion del motrimonio... él, tan galante, tan fino, pero ¿qué me importa á mí que se case ó que deje de casarse? Con su pan se lo coma. (Pausa.) Con todo, yo he hecho mal en reirme de él... pero ¿á quién no inspira risa ver á un hombre que va á casarse arrodillado á los piés de otra mujer? No ha estado muy prudente que digamos... pero merece disculpa... es tan simpático! Ay! qué dichosa debe ser la que se case con él... ¿Otra te pego? Cuidado, que estoy insufrible...

ESCENA VII.

ENCARNACION, JUANA, por el foro.

ENC. Se marchó?

JUANA. Sí señora; y á juzgar por la cara que llevaba, parece que no ha ido muy contento.

ENC. De veras?

JUANA. Toma! y tan de veras... Si hubiera usted visto qué paseos daba cuando usted se marchó... Y hablaba solo, diciendo que se habian burlado de él, y qué sé yo cuántas cosas más. Muy mal debe usted haberle tratado.

ENC. Sí, si tú supieras lo que ha hecho; tener el atrevimiento de...

JUANA. Ya me lo figuro! Le ví, al entrar, en una posicion tan especial, que...

ENC. Pero ¿no es verdad que es muy simpático?

JUANA. (Sí, eh? pues qué dirás cuándo sepas...) Ya lo creo!

ENC. Tan galante... tan fino...

JUANA. Mucho; para un hombre que, como quien dice, está casado.

ENC. Sí; pero casado por fuerza.

JUANA. No, por fuerza no; ¿por qué no se evadió del compromiso?

ENC. La gratitud...

JUANA. Mucho puede la gratitud, pero más el cariño.

ENC. Es cierto; pero ¿de qué querias que me hablase no conociéndome?

JUANA. Toma! de otras mil cosas... del tiempo, de...

ENC. Sí, sí; linda conversacion!

JUANA. En fin, señorita, es preciso convenir en que su accion es indisculpable.

ENC. Vamos, sin duda te has propuesto hacerme rabiar!

JUANA. Yo? ay, Dios me libre! Ni por pienso... pero sabe usted que cualquiera—no yo, que estoy convencida del horror que tiene usted al matrimonio—que la oyera, podria sospechar...

ENC. Qué?

JUANA. Que ese jóven no la es á usted indiferente.

ENC. Cómo? (Si tendrá razon?... Qué!... Imposible!)

JUANA. Le defiende usted de una manera...

ENC. Defenderle, no; le disculpo solamente.

JUANA. (Allá lo veremos!) Ay, ahora que me acuerdo, ántes de marcharse me dió una tarjeta para usted. (Busca en los bolsillos.)

ENC. Una tarjeta?... Á ver?

JUANA. (Id.) Voy... pero no la encuentro... ¿si la habré perdido?

ENC. (Con impaciencia.) Jesus, qué descuidada eres!

JUANA. Es que no me acuerdo dónde la he puesto.

ENC. Acabarás?

JUANA. ¡Qué impaciencia! Ah! vamos; aquí está. (Dándosela.)

ENC. Dame! Dios mio!... ¿qué es lo que he leido? (Lee.) «Fernando Salazar, abogado del colegio de Madrid...» Mi defensor! Y yo que me he burlado de él! Qué va á decir de mí! Tantas atenciones como le debo...

JUANA. (La píldora ha surtido efecto!)

ENC. Yo necesito disculparme... escribirle rogándole que me perdone, que... ¿No te dijo dónde vivia?

JUANA. No, señorita; como usted le despidió tan bruscamente...

ENC. Corre... infórmate... ves á preguntar á todas las fondas... es de todo punto indispensable que yo sepa... (Campanilla.)

JUANA. ¿Llaman? (Va hácia el foro.)

ENC. Eh! qué me importa? Corre...

JUANA. Ay, señorita... es él.

ENC. Él? (Transicion.) (Es particular; no sé qué siento.) Que pase. Déjame sola!

JUANA. (Pleito tenemos.) (Váse foro.)

ENC. (¿Si querré yo á este hombre?)

ESCENA VIII.

ENCARNACION, FERNANDO, foro.

FERN. Á los piés de usted señora.

ENC. Caballero...

FERN. Dispense usted si la molesto incurriendo tal vez en su enojo, al presentarme de nuevo en su casa despues de haber sido despedido de ella; debo á usted una reparacion, y nada más justo que satisfacerla.

ENC. No comprendo...

FERN. Me explicaré. Al salir de aquí, aunque ciego de furor contra mí por haber incurrido en su enojo, ví en la calle los restos de la maceta que mi imprudencia, mejor dicho, mi cabeza trató tan duramente. Recordé entónces la confianza con que me honró respecto á tan linda flor; é inmediatamente fuí en busca de otra, que aunque no de tanta valía para usted, pudiera sin embargo aspirar á servirla como recurso de otro recuerdo. (Se presenta su criado con una maceta de camelia: Fernando la toma y aquel se retira.) Héla aquí... Señora, estoy á sus piés. (Va á colocar la maceta sobre la mesa, pero se detiene al ver á Encarnacion.)

ENC. Caballero, permítame usted un momento ántes de marcharse, ya que así lo desea. Confieso que hace un instante estuve con usted... un poco... un poco...

FERN. Cruel, señora, esa es la palabra.

ENC. Cruel? Sea! Tengo por lo tanto que rogar á usted me disculpe y...

FERN. (Qué cambio!) Y qué más?

ENC. Nada más, caballero. (Si le digo quién soy será capaz de marcharse y lo sentiria.) Pero... está usted ahí incómodo con ese tiesto... Permítame usted. (Va á tomarlo, pero Fernando lo coloca sobre la mesa.)

FERN. No, no puedo consentir... (Pausa corta.)

ENC. No quiere usted sentarse?

FERN. Oh! con mucho gusto. (Se sientan. Encarnacion acerca su silla y Fernando la retira. Este juego repetido prudencialmente, depende de la actriz.) (Este cambio me escama!) Si querrá otra vez...

ENC. Debo dar á usted mil gracias por esa flor que me hará recordar el dia en que tuve el gusto de conocer al distinguido letrado don Fernando Salazar.

FERN. Señora, usted me... (Cuando digo que este cambio me escama!)

ENC. Una de mis más últimas amigas, la marquesita de Campo-azul, á quien no há mucho hizo usted ganar un pleito, me ha hablado en tales términos de su defensor, que á no conocerle hiciera sospechar un ser inverosimil.

FERN. Señora, su amiga de usted me hace sumo favor. (Ay cómo me mira... no, pues lo que es ahora te llevas chasco.)

ENC. Decia usted?

FERN. Nada, señora, no decia nada. (Pausa.)

ENC. Dígame usted, don Fernando... ha amado usted alguna vez?

FERN. Cómo? (Qué pregunta!)

ENC. Decia si habrá usted sentido eso que llaman amor.

FERN. (Con intencion.) Desgraciadamente sí, y por la vez primera en mi vida. No ha mucho, incidentalmente ví á una mujer, digo mal, un ángel: tuve la osadía de decírselo, pero ella—ignoro la causa—respondió con una

carcajada á aquel grito de mi alma. (Anda, vuelve con preguntitas.)

ENC. Tal vez seria que tomase por ficcion...

FERN. Lo que era realidad. Difícil es, señora, confundir el sentimiento con su parodia.

ENC. Sin embargo, no conociéndole á usted...

FERN. Dos almas no necesitan conocerse para amarse.

ENC. Entónces... á no ser una coqueta... (¡Ay, ya no se lo que me digo!)

FERN. Una coqueta? tal vez.

ENC. (¡Jesus, qué sofoco!) Usted cree...

FERN. Yo no podré nunca desmentirla...

ENC. ¡Gracias!

FERN. (¡Bravo! esto marcha! Comprenda, usted, señora que despues de un desengaño semejante...

ENC. En efecto... pero dejarse guiar así sólo por las apariencias...

FERN. Apariencias? Preciso será entónces confesar que estaban hábilmente disfrazadas con la máscara de la verdad.

ENC. (¡Nada, ni por esas... ¡Este hombre es de hielo!)

FERN. (Lástima que sea tan coqueta como línda!)

ENC. Pero... ahora que recuerdo, le estoy á usted haciendo perder un tiempo preciso. Su futura...

FERN. Otro desengaño, aunque de felíces consecuencias.

ENC. Qué dice usted.

FERN. Al pasar por casa, me han entregado una carta de mi exfuturo suegro.

ENC. (¡Ah!)

FERN. En ella me expresa que una oculta pasion vivia en el corazon de su hija há mucho tiempo, que nunca se lo habia confiado hasta hoy, y que deseando hacerla feliz evitándome el disgusto de no serlo, la casaba con el que era ya dueño de su cariño.

ENC. (¡Ay, qué peso se me ha quitado de encíma. Pero de qué me sirve si me desprecia?)

FERN. Comprenda usted, señora, que dos desengaños en un

mismo dia son capaces de hacer dudar...

ENC. (Lo creo, con uno solo...) Tiene usted razon, Fernando .. ay! dispénseme usted si impremeditadamente le he tratado con demasiada familiaridad...

FERN. (Recalcando.) Al contrario, Encarnacion... su confianza me honra. (¡Preveo una catástrafe!) (Pausa.)

ENC. Y piensa usted volver pronto á Madrid?

FERN. Mañana mismo. Lo que siento es que el tio me espera casado y, la verdad, siento no poder realizar su esperanza.

ENC. (Coquetería.) Solo en usted estriba su cumplimiento.

FERN. Pero de qué modo?

ENC. Toma... casándose!

FERN. Sí, en efecto... mas...

ENC. ¿No le gustan á usted las andaluzas?

FERN. (Yo no sé lo que siento...) Que si me gustan?... Señora, hágame usted el favor de no mirarme con esos ojos, porque tendré que decirla á usted...

ENC. Qué?

FERN. Qué... (Transicion.) Que me gustan mucho las andaluzas! (Me salvé.)

ENC. (Pero este hombre es insensible!) Y ese desengaño que ha sufrido usted... aquel de que hablábamos ántes, no le ha hecho á usted cambiar de opinion?

FERN. Desgraciadamente no, aunque respecto á ella sí. Á pesar de todo, aún la adoro con toda mi alma; pero Dios me libre de volvérselo á decir.

ENC. Y por qué?

FERN. Por qué? (Despues de un momento.) Porque nunca segundas partes fueron buenas.

ENC. Cervantes pudo haberse equivocado... Quién sabe?

FERN. Permítame usted que la diga, que lo que es ahora la razon le sobra.

ENC. (Pero este hombre es una roca! Nada, y será capaz de marcharse sin...)

FERN. (¡Qué hechicera!)

ENC. (Yo me decido.) Dígame usted, y si aquel ángel, co-

mo usted le llamaba, reconociera su error abjurando de él?

FERN. (Ah! tomemos la revancha!) (Levantándose.) Entónces diria... (Llamando.) ¡Juana! ¡Juana! (Encarnacion se levanta.)

ENC. (No comprendo...)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, JUANA, foro.

JUANA. ¿Llamaba usted?

FERN. Acompaña á tu señorita...

ENC. Cómo?

FERN. Miéntras voy por el escribano que ha de hacer nuestro contrato.

ENC. Ay, me habia usted asustado!

JUANA. (Me parece que hemos ganado el pleito y las costas.)

FERN. Sólo ha sido una pequeña represalia.

ENC. Que la marquesita de Campo Azul perdona en gracia á tan feliz desenlace.

FERN. Pero cómo? Señora... yo no soy digno...

JUANA. (Hay hombres tontos de veras...)

ENC. Al contrario; sólo así puedo recompensar dignamente lo que debo á mi galante defensor.

FERN. Y todo por esa camelia... Bendita flor!

ENC. Sí, bendita porque ella me ha hecho conocer dos veces la verdadera felicidad.

FERN. ¡Rara coincidencia!

ENC. No hay que extrañarse; siempre ha dado la flor al que con esmero la cuida, su más preciado fruto.

FIN.

OBRAS DEL AUTOR.

Ardides de una mujer.
Por tener el mismo nombre. [1]
Simpatías.
Flor y fruto.
I due Imperatori.
Los mandamientos del tio. [1]
Primo y contraprimo.
Haz bien...
D. Eduardo Lopez y García.
Un jóven comprometido.
Un manojo de espárragos. [1]

---

1 En colaboracion con D. José de Fuentes.